

su profesión de perversos; mas yo que profeso tu ley y creo amarte como hija, ¡oh cómo me confundo á mí misma! Con verdad que me he dejado llevar del espíritu de grandeza mundanal; que he apetecido el regalo y las vanidades seculares; he deseado todavía más de lo que lícitamente puedo usar, administrar ó poseer. Repruebo, Señor, las ideas socialistas modernas; rechazo todo pensamiento de lucro é interés; nada de común pienso tener con los que se afanan por los bienes de la tierra; y puesto que comprendo cuáles sean las riquezas que produce la pobreza cristiana, amaré en adelante esta virtud; me estrecharé con ella para poder servirlos á Vos, que sois mi vida, y poder recibiros en la Eucaristía, á fin de que este bello Sacramento me comunique la fuerza y el valor necesarios para soportar las incomodidades materiales de esta virtud, prenda de las riquezas celestiales y camino seguro que conduce al paraíso. Así sea.

IV

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos predica la virtud de la Pureza.

Jesús.—De todas las grandes virtudes, la más bella es la castidad. Yo me recreo en las almas que la poseen y que se identifican gustosamente con ella. Después que prediqué su observancia con la palabra y el ejemplo, como viera que el hombre no puede ser continente á no ser que reciba de mí esta gracia (1), para que se estimulara á pedirla, dispuse fuese incrustada cual rica perla en el hermoso florón del Sacramento. Ahí late con la vida que le otorga mi Ser y se manifiesta brillantemente al mundo, pues sus vivos resplandores pasan á través de los velos eucarísticos. Es el Cordeiro inmaculado (2) que no pudo contaminarse con el pecado (3), á quien los sagrados Cantares apellidan Cándido, que se apacienta entre azucenas (4). Su hermosura es supe-

(1) Sap. VIII, 21.

(2) Apoc.

(3) Isai. LIII, 9.

(4) Cant. II, 16.

rior á todas las bellezas creadas (1), y en Él se resume lo Bello y lo Hermoso. La Hostia consagrada revela su nitidez y su pureza. Es redonda, porque la continencia perfecta no sabe tener liviandad que la afee; es blanca, porque la castidad debe parecerse á las niveas claridades de la luna; es limpia, porque la pureza debe semejarse á las corrientes cristalinas de las aguas. Nadie que esté manchado puede participar de la Santa Eucaristía. Su servicio debe ser en absoluto limpio, puro, esmerado, como el servicio del hombre que desea conservarse casto ha de ser honesto, pulcro y santo.

Sí, alma querida; la perfecta pureza une con Dios (2), y á Él verán los castos, porque son bienaventurados los limpios de corazón (3). La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel (4); ella honra los cuerpos, adorna las costumbres, es el freno del pudor, el origen de la pureza, la paz de las familias y la primera condición de la concordia (5). Siendo esto así, revelando á la pureza el Sacramento de los altares ¿no amarás esta virtud? ¿Huirás de los reflejos eucarísticos para que no impriman en ti el calor de la santidad? ¿Pero qué digo? Te veo ciertamente mezclada en muchos peligros que en un momento dado pueden derrocar el fuerte castillo de la santidad. Tú no temes frecuentar aquellas amistades profanas, alimentar aquella pasión violenta, asistir á espectáculos libres, leer novelas inmorales, fomentar ciertas vanidades y pasar el tiempo ociosamente; pero allá en el fondo de tu corazón el gusano de la conciencia morderá de vez en cuando sus delicados pliegues y tú no dejarás de sentir el dolor agudo de sus mordeduras. No sigas ese camino que, por ser resbaladizo, al precipicio conduce; déjate, déjate de ciertas chanzas y diversiones que no dejan de ser liviandades graves y pueden perderte para siempre. Entabla en lo sucesivo una fiel correspondencia

(1) Ps. XLIV, 3.

(2) Sap. VI, 20.

(3) Math. V, 8.

(4) S. Ambros., lib. I de Virg.

(5) S. Ciprian. De bono discip.

conmigo, para que esta grata correspondencia engendre una amistad purísima con el Dios de las virtudes, y para el efecto no te separes de mi Sacramento eucarístico; ven á visitarle diariamente, caldea tu alma en la fragua de los amores del Hombre-Dios sacramentado; y Yo te aseguro que á medida que llenes tu corazón del fuego divino se irá vaciando todo calor profano; tu espíritu adquirirá las propiedades del mío, y la pureza inundará tu corazón, para hacerte dichosa en esta vida y más dichosa todavía en la eternidad.

Alma.—¡Oh Jesús mío! No puedo hablar en vista, por una parte, de tus amargas quejas y por otra, de tus divinos consejos. Ciertamente me reconozco culpable. Confieso que con dificultad se puede vivir cristianamente entre las seducciones de un mundo prevaricador. En él todo me atrae hacia sus malos caminos; sus amigos me inducen á la sensualidad; me veo en inminente peligro de sucumbir á la tentación; temo condenarme. ¿Qué haré, Jesús mío? ¡Ah! ya lo sé; me apartaré del bullicio del mundo, al menos con el afecto, y consagraré los ratos libres que mis ocupaciones permitan á estudiar en la escuela de vuestro Sacramento santo. Sentada en las gradas del santuario, oiré constante vuestros consejos; me inspiraré en la pureza de la Hostia divina; y, siguiendo el camino por Ella trazado, procuraré no declinar á ningún lado á fin de conservarme pura entre las miserias del tiempo. Haré más. Atraeré en derredor de la Hostia inmaculada los que fueron mis amigos en el mal; allí gemiremos á la vista de nuestros pasados extravíos; derramaremos en su presencia nuestro corazón para que lo enfervorice en el servicio divino, y en adelante repararemos el mal que cometimos con una conducta más digna y ejemplar.

V

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es mártir del silencio.

Jesús.—Los desiertos con sus arenales inmensos, los campos con sus extensas llanuras, los montes desprovistos de

vegetación y el mar con su mudo y continuo oleaje, pregoneiros son de la virtud del silencio. Pero estas bellas obras mías que conducen á pensar en el cielo, no deben aleccionarte tanto como la sepulcral quietud que guardo en el Sagrario. ¿Has observado el Sacramento eucarístico? ¿Crees con la fe, que en Él residó con toda la vida y con toda la majestad que tengo en el cielo? Sin embargo, ¿no te asombra mi absoluta mudez ante los extravíos de los pecadores, y mi quietud ante las profanaciones y desacatos de mis enemigos ó falsos discípulos, y mi reposo ante los atentados de los sectarios contra mi Iglesia? He ahí que existo en el Sacramento como si no existiese, oigo como si no oyesse y obro como si no obrase. Mis ojos y mi corazón están puestos en ti y en todos mis discípulos y enemigos, observando las buenas y malas obras, para darles en su tiempo el merecido premio ó castigo respectivamente; pero mientras tanto, á imitación de mi vida celestial, guardo en la sacramental misterioso silencio hasta que llegue el día. Podría hablar en el Sacramento ante los infinitos errores de la humana inteligencia; mas ya hablé por los profetas y en mi predicación, á cuya doctrina remito ahora á los hombres, para darte á entender que, después que hayas, á imitación mía, trabajado por diseminar la palabra divina; después que hayas emitido tu sano parecer, no te aíses, ni disputes, ni te disgustes si tus contrarios hicieren menos caso de tu palabra. Podría hablar en el Sacramento ante las contrariedades que se me ofrecen en el servicio que me deben mis hijos; mas guardo silencio para aleccionarte que, á imitación mía, debes tú asimismo guardarlo en presencia de las contrariedades que se te ofrezcan en las asperezas de la vida presente. Podría hablar en el Sacramento ante los improperios é infamias que profieren mis redimidos contra mí, y hasta podría castigarles indudablemente como lo efectué en otro tiempo; mas enmudezco totalmente, según lo hice en mi Pasión, para declararte que tú debes enmudecer asimismo á la vista de las injurias, maldiciones y sarcasmos que tus adversarios dijeren contra ti. Podría hablar en el Sacramento ante las

continuas y terribles persecuciones de que soy objeto, ora en mi Persona, ora en mi Iglesia, y podría también vengarme de tantos y tan reiterados atropellos como los hijos de Lucifer cometen contra mí; mas no abro mi boca, para manifestarte que tú debes también cerrarla cuando te persiguieren por mi causa, que es la causa de la verdad y de la justicia, sufriendo en santo silencio la malquerencia de tus parientes ó enemigos, para poder gozar en esta vida de la paz y de la felicidad prometida á los que por mí fueren perseguidos. Sí; podría hablar en el Sacramento, mas no lo hago en manera alguna, para que entiendas que tu vida ha de ser una vida de religioso silencio, pues el que guarda su lengua guarda su alma (1) y es apto para que yo le hable al corazón (2), á fin de que alcance la perfección cristiana. En el silencio hallarás además la paz y la justicia (3), la fuerza y la fortaleza (4); y si pensaras acaso ser religioso sin refrenar la lengua, ten entendido que te engañas y que tu religión es vana (5).

Alma.—Vuestra conducta eucarística, Dios y Señor mío, condena sin duda el uso indebido de mi lengua, órgano que me diste para alabarte, y comunicarme justa y honestamente con mis hermanos, y que yo, ciertamente, he convertido en instrumento de continuas quejas, de repetidas maledicciones, de múltiples insultos hacia Vos y hacia mis semejantes. Por vuestras sacramentales doctrinas comprendo que debo sufrir humillado y recibir en silencio los agravios, las injurias y hasta las murmuraciones y persecuciones que contra mí se levanten; comprendo que no debo querer saber y platicar sino la ciencia que conviniere, y que cuanto más cerrado tenga mi espíritu á las conversaciones seculares, más abierto estará á Vos para recibir vuestros carismas. Todo esto lo comprendo, Dios mío; mas, perdonadme, porque hasta aquí no lo haya practicado. Soy miserable, lo confieso;

- (1) Prov. XIII, 3.
- (2) Oseas. II, 14.
- (3) Isai. XXXII, 17.
- (4) Id. XXX, 15.
- (5) Jac. I, 26.

pero no me arredran las faltas pasadas, para emprender los caminos que á Vos solo conducen. Para lo cual solicito vuestra gracia; una gracia eficaz que destruya y aniquile en mí los obstáculos que impidan conseguir ese bien suspirado. Que cierre, Señor, mi boca á los insultos y á las adversidades; que la abra á Vos solo y á lo que respecta á vuestra gloria, seguro que de esta manera cumpliré como buen cristiano y esperaré confiado vuestra recompensa. Amén.

VI

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es dechado de Paciencia.

Jesús.—No basta, alma mía, sobrellevar en silencio los males de pena que puedan afligirte; esto es santo, muy santo, como viste anteriormente; pero es santísimo, es en gran manera perfecto sobrellevar dichos males con perfecta conformidad con la voluntad divina. Es la paciencia una virtud con la cual se sufren con igualdad de ánimo los males de esta vida sin turbarse ni entristecerse inmoderadamente en el interior, ni dejar percibir señal alguna menos ordenada al exterior (1). Es una virtud excelsa (2), que tiene obra perfecta (3); es la raíz y custodia de todas las virtudes (4), y con ella se hace el hombre dueño y señor de su espíritu (5); es el remedio del alma, así como la impaciencia es veneno para el corazón (6); donde está la paciencia reside el Espíritu del Señor, llenándolo todo de inefables consuelos (7). Es, además, necesaria para que, cumpliendo la voluntad divina, sea el hombre galardonado con el premio prometido (8).

Una virtud tan hermosa, tan útil, é indispensable para conseguir el cielo, debe por consiguiente ser probada en mis

- (1) Sto. Tomás 2.^a 2.^{ae}, q. 136, a. 4, ad 2um.
- (2) S. Isidor., lib. Sent.
- (3) Jac. I, 3 4.
- (4) S. Gregor., hom. 35.
- (5) Luc. XXI, 19.
- (6) S. Basil. ad filium spirit.
- (7) Tertul., cap. 15 de patien.
- (8) Heb. X, 16.

hijos; he ahí por qué todo aquél que desee ser mi discípulo debe tomar y llevar la cruz y seguirme (1). Es cierto que para la débil naturaleza humana es pesado, y punto menos que imposible, llevar con resignación perfecta la cruz que Yo le deparo, si no cuenta conmigo; y he ahí por qué llamo y convido á todos los que andan trabajados y cargados con la cruz para que vengan á mí, que Yo, seguramente, les aliviaré; pero ¿cómo? ¡Ah! señalándoles el Sacramento Santísimo, cátedra de paciencia santa en la que Yo mismo te alecciono á sufrir resignada, y con el que te infundiré valor y energía para arrostrar con frente serena las amarguras de esta vida. No quiero, no, llevarte de la mano á Judea, teatro de mis sufrimientos, para que aprendas á conformarte en tus trabajos con la voluntad divina; pero sí quiero traerte al Sagrario á fin de que contemples á todo un Dios-Hombre apurar incruentamente hasta las heces el cáliz del dolor. Ven, y verás. Tú dices que favoreces á tu prójimo con mercedes extraordinarias, y que éste, sin embargo, te vuelve las espaldas, y hasta se mofa de ti. Pues atiende á que Yo en la Eucaristía entrego cuanto soy y valgo á los hombres, dándoles más si más pudiera; y éstos, no obstante, se olvidan de mí, me ultrajan y hasta me persiguen. Tú alegas que unos hombres malvados, contra toda verdad y derecho, te humillan y perjudican tus intereses y ofenden tu honor sin miramiento á la clase á que perteneces. Pues no te olvides que un inmenso mayor número de individuos, contra toda lógica, gozan en blasfemar de mi nombre, intentando derribar iglesias, demoler altares é impedir procesiones. Tú añadirás que te esclavizan la condición de los hombres y de los tiempos, el trabajo personal, las cargas de tu estado, y que apenas tienes un rato para solaz tuyo. Pues ten presente que Yo estoy esclavizado por amor de ti en el tabernáculo hace veinte siglos, teniendo que sobrellevar el carácter recio y las descortesías de los hombres. Tú me declaras que padeces mucho, y quizá largos años en tu salud; y olvidas que Yo sufro in-

(1) Luc. XIV, 27.

deciblemente y muero millares de veces diariamente por tu verdadera salud en el adorable Sacrificio de la Misa. Tú, finalmente, arguyes que eres tentada horriblemente, que padeces sequedades de espíritu con frecuencia...; y no has llegado á pensar una vez siquiera que el demonio trabaja sin descanso por que abandones mi estancia eucarística para tu perdición; ¿no has llegado á figurarte que en medio de mi amor hacia ti apuro las amarguras que tú me proporcionas con tu olvido? Pero ¡ah! ¡qué diferencia en el modo de padecer de ambos! Yo sufro con entera paciencia, conformado con la voluntad de mi Padre, que ordenó me quedase Sacramentado para sufrir por ti; mientras que tú sufres impaciente, á más no poder, exhalando mil quejas que de nada sirven y sin querer tomarte la molestia de resignarte humildemente á sobrellevar la cruz que Yo para tu bien te he preparado. Yo trabajo por que duren las penalidades mías; tú te esfuerzas por que cesen las tuyas. ¡Ah, carísima! De una vez para siempre fíjate en esta Hostia consagrada, prenda del amor que te profeso, y la verás siempre serena, impávida, en un mismo ser, expuesta á todos los tormentos, y dispuesta á todos los suplicios para que tú aprendas también á amar la santa Paciencia y á ejercitarte de veras en ella para poder con la misma comprar el cielo.

Alma.—¡Oh Señor! No puedo hablar en vista de mi confusión horrible. Creía yo que podía pasar esta miserable vida sin experimentar amarguras; al menos creía que podía evitarlas á todo trance ó sufrir las menos posibles; pero os oigo á Vos, Verdad eterna, que decís: Si quieres ser mi discípulo, niégate á ti mismo, toma tu cruz y sígueme (1); de modo que debo cargar á imitación vuestra con la cruz de los trabajos que Vos me enviáreis y llevarla, si no gustosa, al menos resignada, con idea de mortificar mi ser y de contraer méritos ante Vos. Sé que si ahora amo mi vida la perderé en el reino eterno; y que si al presente la desprecio por amor de Vos la recobraré después llena de vigor y de es-

(1) Luc. XIV, 27.

plendores (1). No ignoro que si deseo vivir piadosamente con Vos he de sufrir persecuciones (2). Y si todo esto es infalible, ¿en qué pienso? en qué me ocupo? cuál es mi fin al quejarme de los males de pena que pueda experimentar y al rechazar los que pudiera admitir libremente? ¡Ah Dios mío! ceguera grande es la mía. Al propio tiempo que aparto mis ojos de la luz eucarística para volverlos al mundo corrompido, son cercados por las tinieblas del error, y en estas tinieblas he andado hasta ahora, sin poder admirar esa claridad divina que parte del Sagrario, desde donde Vos irradiáis vuestras luces á los hombres. En adelante, Jesús mío, seguiré vuestras máximas, que son las máximas del bien; sufriré paciente las incomodidades del tiempo, para gozar alegre los inefables consuelos de la eternidad. Amén.

VII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento nos instruye en la virtud de la Caridad.

Jesús.—El amor divino, alma cristiana, da á conocer á los hijos de Dios y los separa de los hijos del diablo; sólo con esta señal se les puede distinguir. Aquéllos que tienen en su corazón la caridad sobrenatural han nacido de Dios; pero los que no aman al Señor no tienen tan excelso origen (3). Virtud santísima en la que estriba la plenitud de la ley (4), nada hay tan excelente, ni agradable á mis ojos como ella, como tampoco hay nada más apetecible para el diablo que la extinción de la caridad (5). Quien permanece en la caridad, en mí permanece y Yo en él; y siendo esta la aspiración más sublime á la que pueda llegar el hombre, hice cuanto pude para que éste la obtuviese en su más perfecto grado. Á este fin instituí la santa Eucaristía, la cual debía ser, al propio tiempo que medio y vínculo, señal y

(1) Math. X, 39.

(2) II. Timoth. III, 12.

(3) S. August., tract. V.

(4) Rom. XIII, 10.

(5) S. Greg., in Past.

modelo de unión entre Dios y el hombre y entre los hombres mutuamente. La caridad es paciente. ¿Quién más paciente que mi Corazón sacramentado que sufre día y noche tus ingratitudes y los desprecios de los malvados? La caridad está llena de bondad. ¿Quién más bondadoso que tu Redentor, que perdona tus extravíos y te convida amoroso á que participes de su Hostia sacrosanta? La caridad no es envidiosa. ¿Quién más comunicativo de sus dones que el que ha dado en provecho de todos sus mismas carnes en comida y su propia sangre en bebida? Y si la caridad no busca sus propios intereses, Yo me he sacrificado del todo en bien de todos, y diariamente me inmolo millares de veces por la humanidad; y si la caridad no se envanece, ahí estoy Yo en la S. Eucaristía, mostrando humildad extrema; y si la caridad de nadie piensa mal, ¿podré mostrar todavía mayor mansedumbre que manifestarme como Cordero inocente sacrificado por los hombres? Todo lo padece la caridad, y Yo, para darte lección de esta virtud, padezco por tu amor en el Sacramento; todo lo espera la caridad, ¡ah! continuamente estoy esperando en el tabernáculo á mis redimidos, para que vengan á buscar lecciones de amor á Dios, y á los hombres por amor del Criador.

He ahí cuál es la bella virtud que exhibo en el Misterio del Altar. Mas tú, alma mía, ¿has copiado cual conviene en tu vida y costumbres la caridad que te muestro desde el Sacramento? ¿Amas á Dios por ser quien es, con todas las fuerzas de tu corazón? ¿Amas al prójimo porque es tu hermano y en atención á mí? ¿Te sacrificas por él como te sacrificarías por ti en caso necesario? Temo mucho por tu salvación, porque, si bien examinas tu conducta, hallarás que tus obras no se caldean en la fragua del amor divino; el interés humano anda casi siempre mezclado en tus operaciones; me buscas á mí por la recompensa que he prometido darte ó por el temor del castigo eterno; tienes afecto hacia aquel prójimo que te corresponde, que tú necesitas, que te es simpático; mas eres indiferente con aquél de quien nada esperas, y hasta profesas odio secreto al que pueda moles-

tarte en lo más mínimo. Tú ¿sacrificarte por el bien de tu hermano? ¡Ah! Desgraciadamente participas del vicio capital del egoísmo que hoy seca los corazones y mata las almas; todo el amor que has robado á tu prójimo te lo profesas á ti misma; y ésta es doble desgracia que ciega los ojos de tu entendimiento para que no veas las miserias ajenas, y ata las manos de tu voluntad para que no socorras la desgracia en la medida de tus fuerzas. Éste, empero, no es proceder de un discípulo mío, sino de un gentil; y es preciso que para recibir los carismas de mi amor, corrijas tus costumbres y profeses una vida que respire amor santo en todas direcciones. Si así no lo haces; si en adelante no miras á tu hermano como á ti misma; si no sobrepones á tu honor, á tu salud, á tus comodidades, á tus intereses la defensa de tu prójimo, sobre todo la defensa de su espíritu, si no creas en ti misma un alma generosa que se sacrifique hasta no poder más ¡Ah! entonces se verá que no has estudiado en mi escuela eucarística, ó si has estudiado no has aprendido lo suficiente para acreditarte de discípulo mío, y en ese caso, si la enmienda no mejora tu alma, tu reprobación es segura.

Alma.—Señor, ¡pequé! Ciertamente no pudisteis leer mejor en mi corazón sus tendencias pecaminosas. Por una parte me avergüenzo sobremanera de ser tan ruín, tan egoísta, tan dura de corazón. Con verdad que no he amado, que no amo cual debiera á Vos y á mis hermanos por Vos. Por otra parte me alienta la dulce esperanza de que Vos, rico en misericordia, podéis y queréis perdonar mis extravíos, y he ahí que yo me rindo á vuestra bondad y os pido indulgencia de los mismos. ¿Me la negaréis, Señor? Oigo que me decís que no, con tal que en adelante reforme mis costumbres según el modelo de vuestro amante Corazón sacramentado. Por lo cual ahora mismo empiezo, buen Jesús, á ser caritativa; mas la caridad es una llama viva y en mí no arde ¿quién encenderá este fuego sagrado de mi alma? Pero qué es lo que digo? ¿He olvidado que Vos, sacramentado, sois fuego abrasador (1)? y que anheláis venir á los

(1) Deut. IV. 24.

hombres precisamente por calentar sus corazones á fin de que, copiando vuestras virtudes, quemén y consuman la escoria vil de sus pecados? Si así es, como la fe me lo persuade, á Vos me entrego, Sacramento de amor, y en vuestra cátedra eucarística aprenderé esas lecciones de vida eterna que Vos enseñáis á aquéllos que las oyen de buena voluntad, con el propósito de aplicarlas á sus obras ordinarias. Amén.

VIII

Jesucristo persevera siempre en el Santísimo Sacramento.

Jesús.—¡Cuán agradable me es, alma mía, la compañía de mis hijos! Todo mi contento se cifra en estar siempre á su lado (1) para velar por ellos (2) y concederles toda suerte de gracias; y si esto no podía cumplirlo después de subir al cielo, si no inventaba un nuevo modo de existencia, he ahí que por eso instituí la sagrada Eucaristía, por medio de la cual estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (3). Yo no podía menos de realizarlo así, porque, siendo los cristianos como las niñetas de mis ojos (4), habiendo hecho y sufrido tanto por vosotros ¿consentiría por un instante separarme y abandonaros á vuestra infeliz suerte? ¡Ah! Cuando dos amigos se aman verdaderamente, el que ama más, el que posee un corazón más ardiente procura no faltar del lado del amigo, al menos busca todas las ocasiones que le facilitan la presencia del amigo para estar en su compañía. Y vosotros que sois mis amigos (5) ¿dejaríais de sentir las influencias del amor de vuestro mejor amigo Jesús? ¿Podría Yo gozar de la gloria de mi Padre sin acompañaros en los amargos trances de vuestra vida? De ninguna manera. Jamás he faltado á mi Iglesia desde que instituí el más bello de los Misterios. Mis ojos y mi corazón han estado y

(1) Prov. VIII, 31.

(2) Habac. II, 1.

(3) Math. XXVIII, 20.

(4) Zach. II, 8.

(5) Joan. XV, 14.